

---

# EL REFORMISMO COMO GRAMATICA DE LA IZQUIERDA

Massimo L. Salvadori

---

*análisis y debate*

---



3

Benedetto Croce explicó un día en qué sentido y por qué los hombres de bien tendrían todos que llamarse cristianos. Hoy estamos aquí para decir cómo y por qué se debe ser reformista. ¿Acaso la cultura del reformismo no se ha convertido en la cultura política dominante de la izquierda en Italia y en Europa? Lo que ocurre es que el verdadero problema de los cristianos consiste en cómo serlo, y la cuestión que se plantea a la izquierda europea es, precisamente, cómo ser reformista en la sociedad de hoy.

Fijémonos en la esencia de la cuestión. A primera vista, la cultura política del reformismo ha conseguido una estrepitosa victoria. Si se considera que los pilares del reformismo socialista eran esencialmente dos, la idea de llevar gradualmente adelante el proceso de transformación social, y la idea de la democracia como medio de la misma transformación; y si consideramos también que las ideas fundamentales del anti-reformismo eran de un lado la necesidad del «salto cualitati-

vo», y por tanto de la insuficiencia orgánica del gradualismo, y de otro la idea de la dictadura como instrumento indispensable para realizar ese salto cualitativo, podemos y debemos concluir que, con la aparición del eurocomunismo (cualesquiera que sean y hayan sido sus límites), y con el agotamiento de los movimientos extremistas con raíces en el 68, en la izquierda de la Europa occidental el reformismo ha obtenido una victoria completa o casi completa. El término «reformismo» sigue sin gustarle mucho a los comunistas; ellos prefieren hablar de «proceso reformador», pero cambiando las palabras no se cambia el contenido.

Mirándolo bien, es difícil no ver una paradoja. Y la paradoja es la siguiente: en el momento en que la cultura del reformismo aparece dominante y en que las perspectivas del cambio revolucionario de raíz marxista-leninista están en fase de casi total desaparición —sea por la consabida puesta en discusión de aquel patrimonio político de parte de las fuerzas que habían sido sus portavoces, sea por incapacidad de seguir dándoles algún significado activo—, el reformismo corre el riesgo de agotarse también. Yo diría que se ha convertido en una gramática, por llamarlo de alguna manera, indispensable y necesaria, pero que no consigue convertirse en sintaxis, es decir, en una fuerza generadora de ideas y de prácticas que incidan adecuadamente sobre la realidad. En resumen, aparece como un presupuesto tan necesario como insuficiente. De manera que el gran peligro que corre la cultura del reformismo socialista es reducirse a un residuo histórico, por una parte, y por otra a una contra-cultura ideológica; quedarse en la contra-cultura de la cultura de la revolución y de la cultura de la conservación.

En suma, podemos decir que la cultura del reformismo, una vez conseguido su mayor triunfo en el momento en que logró imponer a la casi totalidad de la izquierda europea el reformismo como método, muestra hoy toda su debilidad por el hecho de que en la presente situación ya no consigue generar una praxis reformadora —como se la suele llamar— a la altura de los tiempos. Y está claro que una cultura del reformismo que no consiga traducirse en práctica eficaz corre el riesgo de convertirse ella misma en una «ideología», en el sentido marxista de «falsa conciencia».

Tengo la impresión de que la cultura del reformismo socialista que podríamos llamar «histórica» en el fondo se está «manejando» (permítaseme esta palabra tan horrible pero significativa) de una forma no muy distinta a la cultura de la revolución. Naturalmente no es preciso recalcar que la idea de reforma no es un producto del socialismo, puesto que históricamente nació independiente de éste. Pero desde luego yo me limitaré a hablar del reformismo socialista.

Ahora bien, el nexo entre reformismo y socialismo nunca ha estado muy claro y nunca ha sido resuelto. Se resolvió más en el plano de las síntesis ideológicas que en la historia concreta. La fórmula ideológica fundamental con la que los socialistas de diversas corrientes han resuelto la cuestión durante todo un período histórico, hasta el momento, ha sido ésta: las reformas democráticas y las reformas sociales nos acercan a la consecución del fin socialista. El mismo Bernstein, que llegó a utilizar polémicamente la fórmula según la cual el movimiento lo era todo y el fin no era nada, en realidad tenía una concepción muy particular de los contenidos y de los fines del socialismo. Y lo mismo le ocurría a Filippo Turati, por citar a alguien bien conocido entre nosotros.

La ruptura histórica entre reformistas (o reformadores) y anti-reformistas en el movimiento obrero socialista no se produjo tanto por los fines

del socialismo, sino por el modo de llegar a conseguirlos. En la fase que va desde el *Bernsteindebatte* hasta la Guerra Mundial y la revolución de Octubre, los reformistas mantenían la idea de que, a través de las reformas que debían obtenerse en el marco de la democracia, se podía preparar e incluso lograr el socialismo. En una segunda fase, la siguiente a Octubre, los reformistas sustituyeron el concepto de gradualismo por una idea según la cual el proyecto de la dictadura del proletariado —e insistían en ello con toda su fuerza— debía abonarse, conservándolo únicamente como una simple metáfora que sirviese para aludir a aquel período de aceleración de las reformas. Estando ahora los socialistas al frente del poder, ya realizan el paso a la sociedad socialista con los instrumentos y en el marco de la legalidad y de la democracia. Pero lo que me interesa subrayar es que los reformistas fueron así los «anti» del comunismo, pero no los «anti» en la superación del capitalismo —al menos en el terreno ideológico.

No podemos dejar de ver hoy en día en qué consiste la jugada. Si en Occidente el comunismo de la Tercera Internacional fracasó en su proyecto revolucionario, el socialismo reformista también ha tenido un fallo sustancial. Porque en la medida en que las reformas promovidas por los socialistas reformistas han demostrado ser eficaces, éstas han sido un componente válido de la reforma democrática del capitalismo, y no de la actuación del socialismo, tanto si éste lo hubiese entendido como socialismo democrático cooperativista (o socialismo estatalista), o como socialismo autogestionario.

Actualmente la situación es la siguiente en líneas generales: si se considera como nota central del socialismo la abolición de las relaciones de propiedad privada y del modo de producción capitalista, el socialismo se ha conseguido allí donde ha actuado contra el reformismo y contra la democracia. En cambio, allí donde el reformismo se ha opuesto a un socialismo logrado sin la democracia y contra el gradualismo, se ha conseguido la democracia y se han hecho importantes reformas sociales, pero no el socialismo. En definitiva: unir a la vez reformas, democracia y socialismo no ha sido posible históricamente. El socialismo no ha ido de acuerdo con la democracia, ni el reformismo con el fin socialista.

Y hasta ahora todos los intentos de conciliar los dos términos —que han sido muchos, tomando por ejemplo el «reformismo revolucionario»— se han quedado en simples fórmulas de agitación ideológica. Frente a esto hay dos caminos opuestos; por una parte, el decir: hay que mantenerse en la postura de conciliar el reformismo, la democracia y la consecución del fin socialista. Esta es la postura de aquellos que hoy teorizan sobre la «tercera vía». Por otra parte tenemos el camino que lleva a proponerse fines globales, proyectos de sistema, cuyos contenidos concretos no se llegan nunca a definir.

El primer camino, aunque en apariencia se presente en términos de afirmación de un fin «positivo», en realidad es un camino negativo: llega a descubrir lo que no quiere (el socialismo real de tipo soviético, falto de democracia, la socialdemocracia que no cambia el sistema capitalista), pero no llega a identificar el contenido de lo que dice querer. El segundo camino, para lograr fines posibles ha de renunciar a proyectos de sistemas globales, contruidos con los materiales de la ideología imaginada. Me parece cada vez más evidente que todos los proyectos de socialismo codificados en un sistema, aunque puedan constituir materia de ciencias sociales, son los hijos de la última generación de las ciudades utópicas de Moro, Bacon o Campanella. Válidos como crítica ética e ideológica de todo lo existente, como negación, pero absolutamente inadecuados para afrontar sociedades complejas que, en cuanto tales, no pueden ser interpretadas ni reducidas a esquemas apriorísticos de ingeniería social.

¿Hemos de concluir, por tanto, que la cultura del reformismo y el socialismo son términos irreconciliables? Yo respondería que si el socialismo se entiende como un proyecto «global», y por lo tanto utópico, como quiera que se conciba, yo diría que sí. En realidad el reformismo, en cuanto praxis, no puede menos de ser antiutópico. Lo cual no significa que se haya venido abajo de repente la relación entre reformismo y socialismo. Al contrario, considero necesario que entre los dos términos se establezca una estrecha relación y que sobre esta relación pueda diferenciarse el reformismo socialista de otros tipos de reformismo.

Pero si el socialismo como proyecto es un modelo global e inservible (aunque sólo sea porque hoy nadie tiene un proyecto creíble en este sentido), ¿en qué sentido la relación entre socialismo y reformismo puede mantener un significado sustancial?

La respuesta la encuentro fundamentalmente en la historia. Y me refiero a la historia europea. Ha sido sobre todo históricamente, a través de la presencia y la acción del socialismo en sus varios componentes, como la cultura política democrática y reformista europea ha conquistado una frontera política y ética que podríamos llamar de los «derechos sociales». Estos derechos sociales se han acercado así a la realidad del capitalismo europeo y a los «derechos de propiedad», hasta el punto de originar aquel sistema de derechos mixtos que constituyen el «Estado de bienestar», el Estado social democrático.

Ahora bien, creo que la acción reformadora desarrollada en torno a la idea y a la realidad del Estado del bienestar ha tenido una gran importancia en cuanto que ha contribuido de forma determinante a desviar la atención de los partidos socialistas, e incluso de los partidos comunistas —más o menos involuntariamente para estos últimos—, del nivel de los proyectos utópico-abstractos al de la cultura concretamente reformista.

Dicho esto, el panorama aparece cada vez más oscuro. Por una parte no existen de hecho (nos guste o no) modelos creíbles de socialismo tanto de corte radical como de corte moderado. El único socialismo «real» existente solamente le gusta a quien lo domina; y por parte de la gran mayoría de la izquierda europea se acepta como una realidad pero se niega como socialismo aceptable. Por otra parte, estamos al mismo tiempo en plena crisis de eficacia reformista en Europa, en plena crisis de las estructuras del Estado de bienestar, y en plena ofensiva neoconservadora o «neoliberal». El viento del Oeste reaganiano puede más que el viento del progresismo reformista.

En realidad ahí está la llaga donde hay que meter el dedo. ¿Cuáles pueden ser los contenidos de una cultura del reformismo «hic et nunc», es decir, en la Europa de hoy en general, y en concreto en la Italia de hoy?

Creo que la eficacia de una cultura del reformismo en Europa tendrá que hacer una autocrítica en cuanto a su capacidad de responder a un interrogante fundamental: ¿el socialismo europeo está preparado para aceptar el reto que le plantea el neoconservadurismo? Es decir: ¿está preparado para dar un giro copernicano (hoy se habla de ello a todos los niveles, o sea que también lo diremos nosotros) que consiste en cambiar el reformismo de ser una praxis enfocada primordialmente a mejorar los mecanismos de distribución de la riqueza a ser una praxis dirigida a mejorar ante todo los mecanismos de producción de riqueza?

No se trata de un problema de cambio del centro de gravedad dictado por razones genéricas, fuera del tiempo. El hecho es que nosotros los italianos, los europeos, nos encontramos atenazados; por una parte el auténtico proceso de retraso de la innovación tecnológica e industrial, la crisis de las instituciones del Estado del bienestar y el límite extremo de su degeneración en forma de garantismo parasitario; y por otra parte, la ofensiva terriblemente dinámica de la innovación productiva realizada en los Estados Unidos y en el Japón, arropada en fórmulas de «neoliberalismo» conservador. Una tenaza que corre el riesgo de reducir los sistemas socio-económicos europeos a un «segundo mundo», frente al «primer mundo» representado por las dos superpotencias económicas de Asia y América.

El riesgo que corremos cada vez más es que, con relación a su débil capacidad de innovación económica, los sistemas europeos se conviertan en auténticos sistemas de la antirreforma frente al viento impetuoso del reformismo neoconservador. Y perdónenme por el juego de palabras que significa el combinado de estas dos palabras —sólo aparentemente paradójico—: reformismo/neoconservadurismo.

En mi opinión, para salir del «impasse» en Europa, hay que buscar el modo de encontrar un nuevo punto de equilibrio entre los «derechos sociales» y las exigencias de la innovación tecnológica y económica. Es necesario que el sistema de los primeros quede liberado de todas aquellas adherencias que en gran parte lo han convertido en un sistema de protecciones que alimentan una realidad de «rigidez» incompatibles con la movilidad indispensable en un período de transformación de los mismos mecanismos productivos. Al mismo tiempo, por grande que sea la crisis y la degeneración, la izquierda europea debe defender el núcleo positivo de las instituciones del Estado del bienestar y el sistema de los derechos sociales por dos motivos: un motivo que yo llamaría ético y un motivo de realismo. Porque para poner en práctica un eficaz proceso de transformación de signo no neoconservador se necesita el consenso de las masas trabajadoras. El nudo de la cuestión, pues, es encontrar aquéllo que he llamado punto de equilibrio entre los principios de la innovación y de la eficacia, y los principios de la defensa de los intereses de los estratos más débiles, trabajadores o parados. Si no se consigue encontrar este punto de equilibrio no hace falta ser profeta para comprender que, o bien las razones de la innovación prevalecerán sobre los derechos sociales en clave neoconservadora, incluso en la Europa continental, o Europa está destinada a caer en un proceso de rigidez, malfuncionamiento y sometimiento cada vez mayores.

Pero, si están así las cosas —y yo creo que efectivamente sí lo están—, una cultura europea del reformismo ha de identificar urgentemente su ámbito de actuación efectiva.

Creo que se deben tener en consideración dos ejes fundamentales: uno vertical y otro horizontal. El primero se refiere a las situaciones existentes en cada uno de los países europeos, a sus mecanismos institucionales, políticos, sociales y económicos; y el segundo a la situación conjunta de Europa occidental.

En cuanto a la primera dimensión, me limitaré a decir que todos los países de Europa occidental se encuentran ante la exigencia de aumentar la movilidad social, de reducir el peso del centralismo estatal y de los lazos burocráticos, de potenciar la autonomía y la vitalidad de la sociedad civil. Este es un reto decisivo, puesto que la industria tradicional basada en la primacía de la gran empresa me-

cánica —y no sólo mecánica— en un amplio marco que potenciaba el sistema mixto de propiedad privado-estatal no podía hacer otra cosa que acrecentar el papel del dirigismo estatal centralista y burocrático; la transformación en actos en la dirección de un tejido productivo más articulado y basado cada vez más en la informática y en los servicios exige que la sociedad civil sea más autónoma, más ágil, menos sometida a ataduras externas. El haber captado esta realidad constituye el núcleo de la racionalidad y de la verdad del neoliberalismo. Y en semejante escenario, el papel del poder público debe volverse menos constrictivo, menos rígido, más transparente, más profesional, más dúctil. La consigna debería ser «reconquistar la sociedad civil».

En cuanto a este marco de problemas, las dificultades del sistema italiano en concreto afloran totalmente. Ante un mastodóntico sistema burocrático, poco eficaz y poco cualificado, sectores importantes de la innovación productiva han conseguido ya hace años un carácter que programáticamente escapa a los vínculos centrales; el sector estatal de la economía está marcado por el doble efecto negativo del expolio en relación con la dirección de las empresas, y de las rigideces provocadas por los mecanismos que tienden a premiar el inmovilismo, a defender el empleo en menoscabo de las innovaciones, y por tanto, en menoscabo de la formación de un nuevo empleo con bases industrialmente más sanas. Además, sobre nuestro sistema pesa el hecho de que el enorme aparato burocrático estatal funciona por un lado a bajo rendimiento, y por otro padece la debilidad crónica de gobiernos que duran poco y que, mientras gobiernan, se hallan divididos por conflictos casi continuos dentro de las coaliciones en el poder. Por último, las relaciones entre empresarios y sindicatos están demasiado dañadas por la recíproca incapacidad de pasar de un régimen de desconfianza y de conflictividad a otro de asunción de las responsabilidades colectivas, el único que puede acelerar el proceso indispensable de transformación. Pero hay que decir que se van dibujando signos positivos en este sentido, si bien con una lentitud que crea una peligrosa descompensación entre las exigencias de la transformación y el ritmo de su realización.

Creo, pues, que los puntos principales de una iniciativa reformista en Italia son cuatro: una recualificación de la burocracia; una reforma de las instituciones para aumentar la gobernabilidad; la abolición de mecanismos que obstaculizan la movilidad de la mano de obra y la innovación productiva; y el replanteamiento de mecanismos con los que por una parte se procuró garantizar los «derechos sociales» de los trabajadores, que en casos extremos han asumido un carácter abiertamente degenerativo y parasitario, y con los que por otra se han protegido de modo anormal una serie de privilegios, ante todo fiscales, de los trabajadores no asalariados y de las clases medias altas y clases altas.

Pero hay otro aspecto crucial, otro componente decisivo de la cultura del reformismo, sobre todo en Italia, y es su capacidad de lograr el consenso. Se trata de su prestigio no ya político-ideológico, sino de su prestigio ético. Una cultura del reformismo que sea incapaz de hundir las propias raíces en la conciencia civil y ética del pueblo es una cultura destinada a la derrota. La innovación, la reforma social, pueden exigirla quienes tengan los papeles en regla, los que mantengan una imagen limpia, ante todo los que no son ambiciosos del poder político. Sobre esto no hace falta extenderse demasiado.

Y hablo ahora de la que yo he llamado dimensión horizontal. La nuestra es una época en la que la geografía de la innovación productiva es una geografía de

grandes dimensiones. En este sentido el Japón, territorialmente tan pequeño, es el epicentro del área de la transformación, intensísima en su punto de origen y amplísima en cuanto a su proyección internacional. El problema que se le plantea a Europa occidental es el de insertarse al flanco del continente norteamericano y al del imperio japonés.

Una cultura del reformismo europeo que no defina su ámbito de posición está hoy destinada al fracaso. Y este ámbito está más allá y por encima de los confines de cada uno de los Estados europeos. La innovación tecnológica y productiva a nivel americano y japonés requiere grandes concentraciones financieras, coordinación en la investigación científica, rapidez de aplicación de los descubrimientos científicos y técnicos, capacidad por parte de los órganos del poder público de intervención y control coordinado y completado, todo lo cual está hoy muy por encima de los recursos de cualquier Estado europeo individualmente. Es cierto que existe la Comunidad Europea y el Parlamento Europeo. Pero no confundamos la apariencia con la realidad. Los mecanismos de la Comunidad están todavía demasiado subordinados a los intereses de cada Estado, demasiado dominados por sus exigencias de utilizar los recursos comunes para proteger los propios canales individuales; en resumen: son todavía un sistema para repartir los recursos, en un mundo cuyo principal problema consiste en invertir el proceso con vistas a la creación de esos recursos. En efecto, la Comunidad es más bien el espejo de las situaciones y de los intereses existentes en el interior de cada Estado, antes que un instrumento para cambiar las reglas del particularismo. En cuanto al Parlamento Europeo, no hace falta ser un lince para ver que, si bien constituye en sí mismo una conquista de gran importancia, hasta el momento conserva más el aspecto de un salón político internacional que de un órgano de poder europeo.

Mi conclusión es que hoy en día una cultura del reformismo o es una cultura europeísta, enfocada por tanto a la creación de una Europa políticamente unida, o se quedará en un mero ejercicio cada vez más pobre de contenidos reales.

Finalmente, yo creo que hay otro elemento de gran significado en una moderna cultura del reformismo, y es aquel que se refiere al sistema del poder y al sistema de las relaciones internacionales.

Cuarenta años después de la segunda guerra mundial el mundo ha cambiado profundamente, como era de esperar. Plantearse la perspectiva de la unidad europea significa plantearse también el problema de un nuevo papel de Europa occidental ante el mundo.

La crisis del orden bipolar hace ya tiempo que es una realidad, aunque en parte esté encubierta por el mantenimiento de la gigantesca supremacía militar de las dos superpotencias de Oriente y de Occidente. Lo que en otro tiempo fue el terreno unificado socialista hoy está en profunda crisis. China ha reconquistado su plena soberanía como gran Estado; las relaciones entre la Unión Soviética y los países sometidos en el Este europeo están minadas por profundas contradicciones. Pero incluso en el ámbito que se llama «occidental», más por motivos ideológicos y políticos que por razones geográficas, obviamente ha habido una alteración cualitativa, en primer lugar, por el nacimiento de una nueva superpotencia económica, el Japón, que puede competir con los Estados Unidos por la primacía mundial que éstos mantenían; en segundo lugar, por la existencia de una creciente desarticulación sobre todo en las relaciones económicas entre Europa occidental y los Estados Unidos.

¿Cuál sería la respuesta de Europa occidental? A mi entender las directrices deben ser esencialmente las siguientes: el proceso acelerado hacia la unidad europea; la recuperación de la autonomía de Europa en el campo de las relaciones internacionales (que en mi opinión, quede claro, no puede y no debe significar en modo alguno ceder a tentaciones de neutralidad o de equidistancia entre los Estados Unidos y la URSS); en vistas a recuperar, por lo tanto, la fuerza contractual tanto frente a los Estados Unidos como frente a la Unión Soviética para superar la herencia de 1945.

Demasiadas cosas, ya ven. Ciertamente, hay mucho que hacer. Pero estoy seguro de que ante esta observación no hay otra respuesta posible más que aquel viejo dicho latino: «Hic Rhodus, hic salta».

© Mondoperaio.  
Traducción: Sol Gavira.

# SISTEMA

COLECCION DE CIENCIAS SOCIALES

NOVEDADES

**PAUL PRESTON**  
LAS DERECHAS ESPAÑOLAS  
EN EL SIGLO XX:  
AUTORITARISMO, FASCISMO  
Y GOLPISMO

**RAMON GARCIA COTARELO**  
LOS PARTIDOS POLITICOS

**ALFONSO GUERRA**  
A. DE BLAS-V. ZAPATERO  
M. ESCUDERO-J. F. TEZANOS  
R. G. COTARELO  
E. MENENDEZ-F. LAPORTA  
EL FUTURO  
DEL SOCIALISMO

**EDITORIAL SISTEMA**  
Editorial Sistema. c/. Fuencarral, 127 - 19  
TEL. 448 73 19 Madrid 28010.